

de serlo. Al propio tiempo las vanguardias del ejército ruso del centro, que habian pasado el Oder, fueron encaminadas hácia Torgau y Dresde, para tratar de hacer que se decidiera Sajonia, y para influir sobre ella por los medios que tan perfectamente habian probado respecto de Prusia.

Inquieto el príncipe Eugenio por Dresde al retirarse sobre el Elba, se apoyó á la derecha en vez de apoyarse á la izquierda, y llevó su centro á Wittemberg en vez de llevarlo á Magdeburgo. De resultas de este movimiento hallóse Hamburgo al descubierto, pues ya se sabe la distancia que hay desde Magdeburgo, situado de algun modo en medio de la línea del Elba, hasta Hamburgo, situado muy cerca de la embocadura de este rio, tomando como tomamos la línea del Elba desde el mar hasta las montañas de Bohemia. De consiguiente los coroneles Tettenborn y Czernicheff corrieron con nueve ó diez mil cosacos, apoyados por alguna infantería ligera, hácia Lubeck y Hamburgo. Por su parte los ingleses habian rehecho en la isla de Heligoland un establecimiento, y acumulado allí armas, municiones y material de guerra de todas clases. Llenas estaban con sus flotillas las bocas del Elba. No se necesitaba tanto para poner en fermentacion las cabezas ya muy inflamadas de los habitantes de Hamburgo. A la sazón retirábase con dos mil hombres á esta ciudad desde la Pomerania el general Morand, no el célebre Morand del cuerpo de Davout, sino un veterano gefe del mismo apellido, valeroso, si bien enfermo por desgracia. Asaltado fué de pronto, mortalmente herido, y apresado con parte de su escasa tropa. De otro lado el general Lauriston, enviado por Osnabruck,

Hannover y Brunswick sobre Magdeburgo, estaba aun á cuarenta leguas de distancia. En Hannover se hallaba el general Bourcier en medio de los depósitos de su caballería. Ni para atajar á los cosacos, ni para contener á la poblacion eran suficientes las tropas residentes en Hamburgo. Las autoridades francesas que el 24 de febrero anterior fueron muy maltratadas, y vieron á los aduaneros, á los recaudadores de las contribuciones indirectas, á los agentes de policia apaleados, saqueados, expulsados, con el temor de sufrir ahora tratamientos aun mas funestos, evacuaron á Hamburgo, entregando la ciudad á las autoridades municipales y retirándose hácia Brema. Al punto acudieron los cosacos de Tettenborn en medio del general alborozo, y recibieron las llaves de la ciudad para presentarla al emperador Alejandro. De sus cargos hicieron dimision las autoridades municipales formadas por los franceses, y fueron reemplazadas por el senado antiguo. Inmediatamente creóse una legion llamada de Hamburgo, componiéndola todos los hombres de buena voluntad y dispuestos á armarse por la causa alemana. Equipada fué á expensas de los ricos hamburgueses, quienes en pocas horas cubrieron una fuerte suscripcion abierta para subvenir á este gasto. Se hizo señal para que se acercaran los ingleses, y llegaron efectivamente muy pronto con buques cargados de azúcares, cafés y algodones. Esto era duplicar el júbilo que su aparicion producía, pues á la satisfaccion de ver alejarse una autoridad extranjera detestada, se añadía la de ver el bloqueo continental abolido y abiertas nuevamente las vias del comercio. No sabian los infelices hamburgueses



á cuán repentino cambio de fortuna se exponian con esta manifestacion imprudente.

Sobre el alto Elba, en Sajonia, en Dresde, notóse el mismo movimiento á la aproximacion de las tropas rusas y prusianas.

El infortunado Federico Augusto, rey de Sajonia, muy adicto hasta entonces á Napoleón, pues le habia colmado de favores, y restituídole la Polonia, empezaba á conocer que no estaba cortado para ambicion tanta, bastándole verdadera y únicamente el reposo, el amor de sus súbditos y las prácticas religiosas. Así, aun doliéndole mucho, estaba pronto á renunciar á Polonia, con tal de que se le conservase su Sajonia amada, segun la poseia antes de las grandezas con que Napoleón le habia abrumado. Sin mostrar menos adhesion á Francia despues de los últimos sucesos, habia elegido no obstante un consejero que guiara su debilidad por aquel laberinto de circunstancias prodigiosas, y creyó hacer la mejor eleccion posible, dirigiéndose al emperador de Austria, esto es, al suegro, al aliado de Napoleón. Desde luego esforzóse Mr. de Metternich por atraerle á aquel partido de principes alemanes, á cuya formacion se aplicaba, y cuyo objeto era pacificar á Europa, colocándose entre Rusia, Inglaterra y Francia, y obligándolas á aceptar una paz germánica del todo. Con razon se dijo á Federico Augusto que no era hacer traicion á Francia, sino por el contrario, prestarle un servicio y llenar los deberes de buen aleman al propio tiempo, el trabajar por restablecer la paz sobre la base de una Alemania independiente, fuerte y respetada. No vaciló en seguir este rumbo, por cuyo motivo solo respondió de una

manera evasiva á las reclamaciones del ministro de Francia, que ya le pedia provisiones, ya reclutas, ya caballería. Para sustraerse á tales instancias, hizo valer sus apuros, las malévolas disposiciones de sus súbditos, y finalmente, la imposibilidad de ejecutar lo que se le exigia en el término señalado. Habiendo vuelto su cuerpo de tropas á las órdenes del general Reynier sobre el Elba, acantonóle en Torgau, y allí, bajo pretexto de llenar sus bajas, le puso aparte en una plaza fuerte, para esperar en una especie de neutralidad semejante á la del principe de Schwarzenberg, las direcciones de la política austriaca. Por lo que hace á su caballería compuesta de mil doscientos soberbios coraceros y de otros tantos excelentes húsares y cazadores, cuyo envio requirió Napoleón imperiosamente, nególa de una manera rotunda. Para inspirarle el valor de lanzarse á tal negativa, necesitóse de un miedo todavía mas enorme que el que Napoleón le infundia, y este miedo fué el de los cosacos, cuya presencia en todas partes hacia temblar hasta á los aliados de los rusos. Aguardando á cada instante ver asomar á aquellos cosacos, tan espantables desde lejos, determinó colocarse en medio de sus ginetes, é ir con su familia á lugar seguro, dejando su infanteria en Torgau, y sus Estados á quienes quisieran ocuparlos alternativamente. Con semejantes disposiciones, bastaban la defeccion de Prusia y la aproximacion de la vanguardia de los rusos para que este principe se decidiera á realizar el proyecto de fuga preparado tan de antemano. A pesar de las representaciones del ministro de Francia, Mr. de Serra, que se esforzaba por demostrarle la inconveniencia de



su partida y el peligro de abandonar á sus súbditos, que se iban á entregar inevitablemente á las pasiones reinantes y á inferir agravios á Francia de que serian castigados muy pronto, y de cuyas resultas sufriria tambien su persona, se puso en marcha, dejando á Dresde en manos del mariscal Davout, dejando sus objetos mas preciosos y menos trasportables en la fortaleza de Koenigstein, llevando finalmente consigo su tesoro y su numerosa familia en medio de tres mil hombres entre ginetes y artilleros. Retirarse hubiera podido á Bohemia, donde llegará en algunas horas, á un territorio neutral é inviolable á la sazón para todas las potencias beligerantes. No se atrevió á ello, ni lo hubiera querido la corte de Austria, á fin de no descubrir la secreta liga que aspiraba á formar en ocasión harto prematura. Por Plauen y Hoff dirigióse á Ratisbona, á territorio del rey de Baviera, á quien asediaban iguales apuros. Su designio era permanecer en Baviera ó lanzarse á Austria, segun dieran de sí los sucesos. Mr. de Serra invitóle á ir á Francia, pero un paso de esta especie le perdera á los ojos de los alemanes, y además fuera contrario á la idea de la mediación de Austria, y así no aceptó el convite.

Apenas partió de Dresde asomaron en las cercanías de esta ciudad los rusos. En Torgau se habia encerrado la infanteria sajona, declarando que no queria salir de allí para cooperar á la defensa del Elba. Para defender el curso superior de este rio tenia el mariscal Davout la division francesa de Durutte, único resto del cuerpo de Reynier desde que lo habian abandonado los sajones, y además algunas tropas que le habia enviado el príncipe

Eugenio, y finalmente, los segundos batallones del cuerpo suyo recién organizado en Erfurt. Apresuróse á ir á Dresde en persona, y adoptó las providencias que exigian las circunstancias, como militar probo, si bien inexorable, no haciendo ningun daño inútil, pero mandando sin compasión todo el mal necesario. Recorrió las márgenes del Elba, dispuso la destruccion de los molinos, de los bateles y barcas, á pesar de los gritos de los aldeanos sajones, y llegado al magnífico puente de piedra que une en Dresde las dos ciudades, la nueva y la vieja, hizo minar y saltar dos arcos, sin hacer caso de los grupos de los habitantes, ni de sus amenazas y sus clamores. De seguida se puso á la cabeza de sus tropas con el fin de recibir á los rusos, si trataban de forzar el paso.

Estas medidas de defensa vinieron á ser uno de los agravios mas violentamente alegados en toda Alemania. Se compusieron grabados groseros, representando el puente de Dresde destruido por aquel á quien se llamaba el feroz Davout en el Norte, y se esparcieron á miles por las ciudades y los campos.—Véase, se decia, cómo tratan los franceses á sus mas fieles aliados, los sajones, que acaban de batirse denodadamente por su causa, mientras que, arrojando sus armas, se daban los franceses á la fuga.

Esta nueva excitacion, producida por la defecion de Prusia, se hizo sentir naturalmente en Viena, á pesar de la distancia y de la habitual quietud de esta capital. Aunque penetrada por algunos espíritus perspicaces la profunda política de Mr. de Metternich y del emperador Francisco, se escapaba á las gentes apasionadas de la corte, del ejér-



cito y del pueblo. Solo veían una culpable lentitud en segregarse de Francia y en sacudir los funestos empeños contraídos al celebrarse el matrimonio de Napoleón y María Luisa. Extremado era el desencadenamiento de esta parte del público austriaco. Entre quienes mas animacion se notaba había que contar á la emperatriz misma, princesa de Módena, y lo que todavía es mas sorprendente, al archiduque Carlos, comunmente tan cuerdo, y sobre todo tan mesurado al tratarse de Francia. Pero sintiendo este príncipe fermentar en el fondo del corazón su patriotismo alemán, resentido profundamente por otro lado de que su hermano el emperador Francisco le hubiera excluido de toda participacion en los negocios, aprovechaba de muy buen grado todas las ocasiones de censurar al gobierno, y sin duda procedía con sinceridad ahora, pues era de los que desearan una conducta mas clara y mas ingenua. Se avanzaba hasta el punto de atribuirle una especie extraña por lo atrevida, asegurándose haber expresado que, si el emperador Francisco había contratado un matrimonio que á su política pusiera trabas, y que si las afecciones de padre le impedían cumplir sus deberes de soberano, menester era que abdicase y cediese la corona á un miembro de la familia mas libre en sus acciones.

Tan grande era la exaltacion que Mr. de Metternich hubo de concebir algunos temores respecto de su persona, y que el gobierno se vió obligado á decretar algunos arrestos, aun entre los personajes de viso, tales como Mr. de Hormayer, uno de los mas altos empleados de la cancillería austriaca, aquel por cuyo conducto se entablaron con el Ti-

rol comunicaciones secretas. Efectivamente, no era del gusto del emperador ni de Mr. de Metternich lo acontecido en Alemania. Ante todo no les convenía excitar el espíritu público tan vivamente como se estaba haciendo, ni aceptar el yugo de las masas populares para sacudir el de Napoleón. Alejandro les parecía un príncipe imprudente, embriagado por triunfos á que no estaba acostumbrado, y Federico Guillermo un príncipe débil, manejado ahora por sus súbditos como seis años antes por su esposa. Ni el emperador ni Mr. de Metternich se recataban de emitir este juicio. Además, esta manera impetuosa é irreflexiva de obrar no era la suya. De las manos de Napoleón querían salir sin ponerse en las de Alejandro, y de todos modos no exponerse á tornar á caer mas duramente que nunca, por consecuencia de una guerra locamente emprendida é insensatamente hecha. Lejos estaban de considerar á Napoleón destruido, y como en 1806, esperaban verle desembocar de una manera fulminante de los desfiladeros de Turingia, y castigar á los imprudentes que tan de cerca se acababan de exponer á sus golpes. Ya que no cierto, este resultado era posible al menos, y á sus ojos esta razon bastaba para que no se debiera andar tan de prisa, sobre todo para no comprometerse antes de que se hallase reconstituido el ejército austriaco, y aun para que se prefiriera el recurso de una mediacion, á beneficio de la cual se rehiciera la situacion de Alemania, sin correr el peligro de una guerra con Francia.

Desde este punto juzgaba el gabinete austriaco hartamente aventurada la conducta de Prusia y muy temerarias las demostraciones alemanas; y tam-



bien desde este punto de vista no cesaba de darnos consejos de prudencia y de moderacion, y admitiendo que hiciéramos aun una campaña vigorosa, nos suplicaba que de nuestros triunfos futuros no aspiráramos á sacar otro resultado que una paz inmediata, equitativa y aceptable para toda Europa.

Así desconsolóse al vernos, tanto en la memoria dirigida al Senado para hacer nuevos alistamientos como en el discurso imperial pronunciado el 14 de febrero, anunciar voluntades absolutas, ya respecto de España, ya respecto de los departamentos anseáticos, ya respecto del gran ducado de Varsovia, pues esto era imposibilitar la mediacion de que se habia encargado. Repetidamente y á la larga explicóse sobre ello con Mr. Otto, nuestro ministro en Viena. Hablándole del discurso imperial, le dijo:—Mucho admiro el orgullo de lenguaje de vuestro emperador, y de nuevo hallo ahí todo su genio; pero fuerza es pensar en las consecuencias de lo que se hace, y aquí las consecuencias no pueden menos de ser lastimosas. ¿Cómo quereis que yo negocie con Inglaterra, cuando decís que la dinastía francesa reina y reinará en España? ¿Cómo queréis que yo negocie con Rusia y Prusia, cuándo decís que los territorios constitucionales ó pertenecientes á aliados, esto es, las ciudades anseáticas y el gran ducado de Varsovia continuarán siendo cosa sagrada é inviolable? Nunca podré conseguir que tales condiciones se acepten por Europa. Ahora bien, la paz nos hace falta á nosotros, os hace falta á vosotros, porque, aun ganando victorias, y necesitariais alcanzar muchas para que Europa se manifestase moderada

respecto de vosotros, aun ganando victorias, no siempre se resiste al levantamiento universal de los ánimos y muy pronto se siente el rechazo en la casa propia... Con este motivo, sin decirnos la paz que deseaba y se entreveía fácilmente, trató Mr. de Metternich de arrancar á Mr. Otto el secreto de la que deseábamos nosotros; pero intentólo en vano, porque Mr. Otto no sabia nada. No logrando que hablase, determinóse Mr. de Metternich á hablar por su parte, para prepararnos á las condiciones que podia aceptar Europa, aun suponiéndola vencida por nosotros, lo cual en su argumentacion no se negaba á admitir nunca.—España, dijo con formas alternativamente insinuantes ó francas del todo, no os será concedida probablemente por Inglaterra, y sobre todo despues de la última campaña. A nosotros los alemanes, esta condicion nos importa poco, no nos toca mas que desde el punto de vista de Inglaterra, de la cual no se querrán separar ni Rusia ni Prusia en las negociaciones. Todo lo mas que podriais hacer soportar á Inglaterra, seria la agregacion de Holanda á Francia, si bien despues de ganar todavía mas de una victoria, y esta condicion tampoco nos toca mas que á causa de los intereses británicos al modo que la precedente. Pero no hareis aceptar á Inglaterra, ni á Rusia, ni á Prusia, y menos á Alemania, la incorporacion definitiva de los departamentos anseáticos á vuestro imperio. ¿A qué, pues, mostrarse tan afirmativos y tan absolutos sobre este punto? ¿Qué os importan paises situados tan lejos de vuestra verdadera frontera, tan poco útiles á vuestra defensa, tan extraños á vuestros intereses comerciales, tan poco simpáticos á vuestra nacion,



tan necesarios á la constitucion de una Alemania independiente? Cuando dabais tanta importancia al bloqueo continental podiais tener empeño en la posesion de los territorios anseáticos, pero hoy este bloqueo se viene abajo por todas partes, Rusia y Prusia lo han abandonado: vosotros mismos lo infringís de continuo. Manteniéndolo hariais la fortuna de vuestros enemigos rusos y prusianos, pues todo pasaria por su casa: además, la suposicion de la paz general hace que deje de ser provechoso: renunciad desde ahora á este bloqueo, y consentid por tanto en restituir territorios que solo desde semejante punto de vista podian ofreceros ventajas. Por lo que hace á Prusia, es necesario que os resignéis á hacerla mas fuerte, mas extensa y tal que figure como el verdadero Estado intermedio entre Rusia y el Mediodía de Europa, Estado intermedio que hoy seria absurdo buscar en Polonia, puesto que no habeis logrado restablecerla, y cuya reconstitucion nos compete promover á los alemanes mas que á vosotros, puesto que somos y vosotros no sois vecinos de Rusia. ¿A qué pues, mostraros tan afirmativos sobre el gran ducado de Varsovia, que es ya insostenible, que nunca tolerará Rusia en su frontera, y que por otra parte, es la única materia que se puede aplicar á recomponer la Prusia sin destruir vuestro reino de Westfalia? ¿A qué crearnos dificultades insolubles, expresando acerca de este punto voluntades irrevocables?... Pasando á la Confederacion del Rhin, Mr. de Metternich añadió lo siguiente:—¿Para qué esa creacion singular, que os impone gravámenes sin ventaja alguna, que es incompatible con la independencia de Alemania, y

que ya se halla irrevocablemente destruida en el espíritu de los alemanes? ¡Qué! ¿Os obstinariais por un vano título de *protector*, que inconcebible sobre la cabeza de vuestro glorioso y prepotente soberano, seria ridículo sobre la cabeza de un niño? ¿Por ventura vuestro emperador, poseedor de la frontera que se dilata desde Basilea hasta el Tixel, perteneciéndole Maguncia, Estrasburgo, Coblenza, Colonia, Wesel, Groninga, como puntos de apoyo de esta frontera, no tiene bastante para influir sobre Alemania y ser bastante inquietante á sus ojos? ¿Qué mas quiere? No necesita parecer el primer potentado del continente hasta el extremo que lo procura; conténtese con serlo, y le vale mas que la ostentacion el disimulo. ¿Acaso imagináis que aspiramos á restablecer la antigua Confederacion germánica para tomar la corona imperial de nuevo? Os engañais: no pensamos ya en ese título tan vano como ominoso; y de nuestra eleccion depende, porque se nos ofrece todo, todo, entenderlo (y al decir estas palabras Mr. de Metternich dejaba traslucir numerosas y secretas comunicaciones de parte de los coaligados); pero no queremos mas que las cosas que no nos pueden ser negadas, las que vosotros mismos estais prontos á concedernos: sobre todo queremos una Alemania independiente y la paz, porque tenemos sed de paz. Nos la piden todos los pueblos, y desaprobarian nuestra conducta, y nos abandonarían si les impusiéramos sacrificios con otro objeto que el de la paz. Sin duda nos direis que sois fuertes y que vais aun á vencer á vuestros enemigos. Lo sabemos, contamos con ello y hasta lo necesitamos para obtener la paz, algunas de cuyas condiciones



os hemos indicado; pero hacella posible, y por tanto no os mostreis tan absolutos, y no seais causa de que antes de que se entablen las negociaciones se hallen rotas.

Estos admirables consejos, dados sinceramente, fueron acompañados con las mas suaves y menos amenazadoras formas, y enunciados no de una vez y dogmáticamente, sino ya un dia, ya otro, segun las ocasiones. Harto á las claras permitian ver la paz que se hallaba dispuesta á admitir Austria, y aun quizá á apoyar con sus fuerzas; paz que se podia resumir en los términos siguientes: España restituida á los Borbones, las ciudades anseáticas devueltas á Alemania, la Confederacion del Rhin suprimida, el gran ducado de Varsovia repartido entre Rusia, Prusia y Austria, y por lo concerniente en particular á esta última potencia, una frontera mejor sobre el Inn y la restitution de la Iliria. Ciertamente, conservando la linea del Rhin y además la Holanda, conservando la Westfalia como reino aliado, es decir tributario, el Piemonte, Toscana y Roma como departamentos franceses, la Lombardia y Nápoles como reinos de familia, Francia era el imperio mas poderoso que pudiera imaginarse, mas vasto aun que conviniera desearlo, por ser dudoso que alcanzasen á conservar la integridad de este imperio los sucesores del grande hombre que lo fundara. Razon tenia Austria en afirmar que aun era menester batirse, y batirse con fortuna, para obtener todos estos territorios, sobre todo el de Holanda; pero el abandono de la España hubiera decidido probablemente en favor de esta paz á Inglaterra; y respecto de Italia se resignaran todos á dejarla á los franceses, resignándose el

Austria; y finalmente estaba probada la disposicion de ceder sobre el punto de Westfalia por el hecho de haberse negado el emperador Alejandro y el rey de Prusia en Breslau á contraer empeños con el elector de Hesse-Cassel, á pesar de ofrecerse á la coalicion con las manos llenas de millones, habiéndole conservado secretamente su fortuna la adhesion de una poderosa casa rentistica, que á la sazón se empezaba á elevar en Europa, la de los hermanos Rotschild.

Por lo demás, cualquiera que fuese la paz que se estuviera pronto á admitir ó á rehusar, no convenia, segun manifestaba Mr. de Metternich con suma prudencia, anunciar voluntades absolutas, que debian imposibilitar la abertura de las negociaciones y hasta el primer ensayo de la mediacion austriaca, y que por tanto iban á obligar al gabinete de Viena á declararse de seguida á nuestro favor ó en nuestra contra, y probablemente en nuestra contra, lo cual no habia confesado todavía, si bien era fácil adivinarlo por poco que se conservase la libertad del juicio propio.—Dejad, añadió Mr. de Metternich en sus frecuentes entrevistas con Mr. Otto, dejad que se reunan los negociadores, é irán mas lejos de lo que se cree, por que el mundo desea la paz, y se la pedirá tan fuertemente al primer congreso que se junte, que este no se la podrá negar de ningun modo.

Entonces mismo se hallaba comprobada la perfecta exactitud de sus consejos. Efectivamente, en virtud de autorizacion que desde París le fué dirigida, habia enviado el gabinete de Viena á Mr. de Wessenberg á Londres y á Mr. de Lebzelter á Kalisch, á fin de ofrecer, no su mediacion, palabra



reservada modestamente para mas tarde, sino su introduccion en las dos principales córtes beligerantes, sin otro objeto que el de promover un avenimiento con Francia, y una paz de que tenia apremiante necesidad todo el mundo. Despues de tomar Mr. de Wessenberg el camino de Hamburgo, donde la policia francesa le habia molestado bastante, lo cual propalaron las gacetas alemanas como un nuevo agravio, dirigióse á Lóndres, y allí le recibió lord Castelreagh con extremado cortesania, bien que secretamente para no conmover la opinion pública sin fruto. Manifestándole su viva satisfaccion lord Castelreagh de ver un agente austriaco en Lóndres y grande anhelo en aceptar lo que proponia el emperador Francisco, le dijo que probablemente debia saber que ya su mision carecia de objeto, porque el discurso del emperador Napoleon, conocido en toda la Europa, no dejaba la mas leve duda en punto á su resolucion de no admitir ninguna condicion razonable; que si á Mr. de Wessenberg no se le habia vuelto á llamar á Viena despues de tal discurso, solo podia consistir en la dificultad de las comunicaciones; pero que se le llamaria de positivo, pues ya no habia manera de entrar en negociaciones; que á mayor abundamiento podia permanecer en Lóndres si era de su agrado; porque Inglaterra siempre se hallaba pronta á tratar sobre bases equitativas, y ni ella ni sus aliados pretendian disputar á Francia la justa grandeza debida á sus esfuerzos y largas lides, pero que nunca seria entregada á la usurpacion de Napoleon la generosa España. En suma Mr. de Wessenberg fué acogido de un modo que confirmaba la completa verdad de cuanto Mr. de

Metternich aconsejaba como base de la paz futura.

En Kalisch, donde estaba el campo de los rusos, difirióse ya bajo un pretexto ya bajo otro el recibimiento de Mr. de Lebzeltern, y al fin se acabó por admitir, despues de tomarse tiempo bastante para obrar de acuerdo con la córte de Lóndres, y entonces acogiósele con infinitas contemplaciones y hasta con caricias, y se le dijo que se deseaba la paz, que se negociaria de buen grado con la intervencion de Austria; pero que esta córte debia conocer la imposibilidad de tratar con el emperador Napoleon despues de las declaraciones que acababa de hacer, que ella misma conoceria la imposibilidad de entenderse con este ambicioso insaciable, y entonces vendria á su union natural y necesaria con Europa y se tendria á fortuna contarla por aliada, en cuyo dia se la haria árbitra de la paz, de la guerra, y en una palabra de todo. Despues de estas declaraciones se insinuó á Mr. de Lebzeltern que se le conservaria en Kalisch de muy buena gana, si bien con la esperanza que no se le disimulaba de tenerle como representante no de una córte enemiga ó mediadora, sino aliada y beligerante.

Tan luego como estos despachos llegaron á Viena comunicólos Mr. de Metternich al mismo de Francia, invitándole á que los trasmitiese al emperador Napoleon, suplicando que fueron tomados en gran consideracion por éste, y pidiéndole con instancia que indicara al gabinete austriaco la conducta que debia seguir en circunstancias semejantes. Mr. de Metternich manifestó además que habia concedido al príncipe de Schwarzenberg una licencia momentánea, habiendo vuelto á entrar



su cuerpo en la frontera de la Galitzia, y que se iba á dirigir á Paris este personage, para provocar de parte del emperador Napoleon explicaciones mas francas, mas satisfactorias que las obtenidas por Mr. de Bubna; que sin duda Napoleon se dignaria hablar á un hombre que habia figurado como negociador de su matrimonio, como su lugarteniente sumiso durante la última guerra, y que aun figuraba como su admirador sincero y su mas parcial amigo.

Esta defeccion de Prusia, estas agitaciones de Alemania, estas comunicaciones de la corte de Viena, selladas con un carácter de verdad tan sorprendente, no conmovieron á Napoleon ni poco ni mucho. Trabajando dia y noche en reorganizar sus fuerzas, viendo la facilidad que habia en sacar recursos de esta Francia tan fecunda en poblacion y en riquezas, al cabo de veinte años de mortíferas luchas, descubriendo sobre toda la ineptia militar de sus enemigos, que venian benévolamente á ofrecerse á sus golpes junto al Elba, y cometian en materia de guerra tantas faltas como en materia de politica seguia él cometiendo, habia recobrado inmensa confianza en sí propio, y no hacia caso alguno de lo que pasaba sobre el gran teatro de Europa, que habia llenado de escenas tan trágicas é iba á llenar de escenas aun mas trágicas que todas aquellas á las cuales se habia asistido. No le cogia de nuevas la defeccion de Prusia; antes bien habia considerado este suceso como inevitable, desde que vió á nuestro cuartel general retirarse sucesivamente sobre el Vistula, el Oder y el Elba. Por esto, aun dando alguna esperanza á la Prusia, no quiso hacer ningun sacrificio pecunia-

rio ni político para retenerla; solo que, poco acostumbrado á observar los grandes movimientos de la opinion pública, poco dispuesto á creer en ella y especialmente á ceder á su influjo, sorprendióse de la audacia de Prusia al declararse en su contra, y la halló mas atrevida de lo que nunca imaginara. Sin embargo, estaba convencido de que, aun sosteniendo el entusiasmo nacional al rey de Prusia, temblaria con todos sus miembros á la idea de la futura campaña, y se disponia á realizar muy pronto sus temores. Haciendo interiormente la cuenta de las fuerzas prusianas, calculaba que, reducida como se hallaba esta potencia en poblacion y territorio, no podria llevar á la coalicion mas de cien mil hombres, cincuenta mil de ellos inmediatamente disponibles; que Rusia en su estado actual no podia presentar en línea mas de otros cien mil soldados, y era verdad lo uno y lo otro: al ver á los prusianos y á los rusos adelantarse sobre el alto Elba y la Turingia con tales fuerzas, calculaba que al cabo de tres ó cuatro semanas los haria volver á Polonia mas de prisa que habian venido. Ya sentia el júbilo de la victoria, tan seguro se creia de ella, y estaba persuadido que lograria que volvieran á entrar en razon las cabezas despues de una ó dos batallas, y tornaria á la situacion de que se le suponía derribado, y concluiria la paz, porque la deseaba á su modo, y la dictaria no precisamente conforme á su discurso, en el cual le habia parecido buena política manifestarse mas inflexible que pensaba serlo, pero si bastante aproximada al tal discurso, excepto relativamente á la España, donde finalmente estaba resignado, aunque tarde, á grandes sacrificios.